

- Es una unidad orgánica e indivisible, compuesta por hombres y mujeres, solteros y casados, fieles comunes y comunes ciudadanos, con el mismo grado de pertenencia al Opus Dei, sin distinción alguna.

- En la Obra, la distinción e interrelación entre sacerdotes y laicos es la misma vigente en la estructura de la Iglesia. Bien se puede aplicar a ella el dictado de la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 10: «El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico [aunque distinguiéndose esencialmente y no sólo de grado] se ordenan el uno al otro». Y, en el n. 30 de la misma Constitución dogmática, leemos: «Los sagrados Pastores saben que ellos no fueron constituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia para con el mundo, sino que su excelsa función es apacentar de tal modo a los fieles y de tal manera reconocer sus servicios y carismas, que todos, a su modo, cooperen unánimemente a la obra común». No se trata, por tanto, de una cooperación subordinada de los laicos en las tareas de los sacerdotes, sino de una cooperación mutua, de los laicos con los sacerdotes y de los sacerdotes con los laicos, para realizar juntos la obra común²⁹.

- El Opus Dei necesita una organización universal de gobierno y, en sus perspectivas de configuración futura, San Josemaría preveía que las relaciones con la jerarquía eclesiástica territorial continuasen siendo las ya vigentes según la configuración precedente, sin pretender nunca una mayor autonomía, que habría sido contraria a la voluntad de Dios percibida por el Fundador.

Todo esto se ha cumplido con la erección como Prelatura Personal. En esta jornada de conmemoración y de acción de gracias al Señor no me queda sino expresar el reconocimiento, mío y de todo el Opus Dei, al Siervo de Dios Juan Pablo II, que procedió a la erección de la Prelatura, a Mons. Álvaro del Portillo, fidelísimo sucesor de San Josemaría, que gobernó la Obra y trabajó incansablemente para conseguir que se hiciese realidad el deseo del Fundador, y a cuantos a ello han contribuido en el curso de muchos años con su oración, con su sacrificio y con su trabajo.

Roma 9-IV-2008

Acto académico de concesión de Doctorados honoris causa, Universidad Pontificia de la Santa Cruz.

Eminencias y Excelencias Reverendísimas, Ilustrísimas autoridades, profesores, estudiantes y miembros todos de la Universidad, Señoras y Señores.

Os dirijo un cordial saludo a todos vosotros, que participáis en la concesión de los primeros Doctorados *honoris causa* en Comunicación Institucional de nuestra Universidad. Saludo de modo particular y con gran afecto a los nuevos Doctores: Su Eminencia Reverendísima, el Señor Cardenal Camillo Ruini, Vicario del Papa para la Diócesis de Roma y, durante muchos años, Presidente de la Conferencia Episcopal italiana; y al Ilustrísimo Profesor Alfonso

29. Este concepto será calificado como "cooperación orgánica" en el CIC 1983, can. 296.

Nieto Tamargo, que ha colaborado activamente, también como profesor, en el nacimiento y desarrollo de la Facultad de Comunicación Institucional.

En la ceremonia de hoy, los méritos de los nuevos Doctores se entrelazan con la tradición académica representada por el birrete, el anillo y la medalla, símbolos de la maestría, del prestigio profesional y del vínculo con nuestra comunidad universitaria. Pero permitidme ir más allá del protocolo y reflexionar con vosotros brevemente sobre el deber que corresponde a la universidad en las actuales circunstancias históricas.

Unas palabras de San Gregorio Magno nos pueden ayudar a considerar lo antiguo y profundo que es el nexo que existe entre la Iglesia y la comunicación. Afirmaba este gran Papa, que ocupó la Cátedra de Pedro desde el año 590 al 604, que «en las iglesias se introducen las pinturas para que los analfabetos, al menos mirando las paredes, lean aquello que no son capaces de leer en los códices»¹. Esta breve observación puede ser un buen ejemplo de cómo la comunicación no ha sido, en la Iglesia, un descubrimiento de nuestros días. De hecho, desde el inicio, los cristianos han buscado audazmente las vías más eficaces para hacer llegar la palabra de Dios, de un modo comprensible, al mayor número de personas, también a aquellas que se encuentra lejanas físicamente. En este sentido, se puede afirmar con razón que existe un continuo entrelazamiento entre la historia de la Iglesia y la historia de la comunicación, entendida en un sentido amplio.

Pero la Iglesia no se limita a *servirse* de los medios de comunicación para su misión de evangelización. Juan Pablo II precisaba, en un conocido texto de la encíclica *Redemptoris missio*, que conviene hacer más: integrar el propio mensaje cristiano en la «nueva cultura» creada por los medios de comunicación². El Pontífice añadía, quizá para evitar el desaliento y falsas ilusiones, que se trata de una cuestión complicada, porque esta «nueva cultura» nace no tanto con los contenidos, sino más bien con las nuevas maneras de comunicar, con nuevos lenguajes, con nuevas técnicas y con nuevos comportamientos psicológicos³. Pienso, en efecto, que quien se encuentra en uno de estos campos de investigación y de propuesta, necesitan del trabajo paciente y de la aproximación interdisciplinar que solamente el clima universitario puede ofrecer.

Por ello, se hace aún más evidente que el acto de investidura que hoy nos reúne, no interesa solamente a un ámbito del saber, al de la comunicación, sino también a la teología, a la filosofía, al derecho canónico. Y no en el sentido de la comprensible interdisciplinaria académica, sino por la naturaleza misma de las cosas. La invitación de Juan Pablo II es hoy más actual que nunca. Es preciso realizar en nuestra época, una síntesis entre mensaje, medio de comunicación y contexto cultural que muchas generaciones que nos han precedido han conseguido realizar.

1. SAN GREGORIO MAGNO, *Al Obispo Sereno*, Dz 477, PL 77, 1128BC-1129C.

2. Cfr. JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, n. 37

3. *Ibidem*.

Dice un académico de la comunicación: « ¿Qué sucede si metemos una gota de colorante rojo en un tubo de ensayo lleno de agua cristalina? ¿Obtendremos agua cristalina más una gota de colorante rojo? Obviamente no. Obtendremos una nueva coloración en cada molécula de agua. Un nuevo medio no añade algo; lo cambia todo. En el año 1500, después de la invención de la imprenta, no teníamos ya una vieja Europa más la imprenta: teníamos una Europa diferente»⁴.

Podemos preguntarnos ahora si esta metáfora del colorante no tiene también el sentido del efecto que el espíritu cristiano produce en las aguas —a veces turbias— de nuestra cultura. ¿Cómo se puede integrar el mensaje cristiano en la «nueva cultura» creada por los medios de comunicación? El propio Juan Pablo II nos propone la manera: «se necesitan heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, que participen de sus alegrías y esperanzas, angustias y tristezas, y a la vez sean personas enamoradas de Dios. Por esto, se necesitan nuevos santos»⁵.

En continuidad con esta idea, querría subrayar un aspecto sobre el que insiste el Papa Benedicto XVI, como es el sentido positivo del mensaje cristiano. Lo decía explícitamente a unos periodistas de lengua alemana unos meses después de su elección. «El cristianismo, el catolicismo, no es un conjunto

de prohibiciones, sino una opción positiva. Y es muy importante que esto se vea nuevamente, porque hoy esta conciencia ha desaparecido casi completamente. Hemos oído tanto hablar de lo que no está permitido que ahora hay que decir: Pero nosotros tenemos una idea positiva que proponer»⁶.

San Josemaría Escrivá, de cuyo corazón sacerdotal y de cuya vocación universitaria ha nacido la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, tuvo siempre una clara percepción del gran servicio humano y cristiano que los profesionales de la comunicación pueden desarrollar. De hecho, en el año académico 1940-1941 impartió, a solicitud de un amigo y con el impulso del obispo de Madrid, lecciones de ética y deontología en la que sería después la Escuela Oficial de Periodismo. Sostenía que los hijos de Dios deben estar presentes con profesionalidad, identidad cristiana y amor a la verdad en los lugares donde se configura la opinión pública. «Es difícil —recordaba este santo sacerdote— que haya verdadera convivencia donde falta la verdadera información; y la verdadera información es aquella que no tiene miedo a la verdad y que no se deja guiar de intereses de poder, de falso prestigio o de ventajas económicas»⁷.

Pensando en el nombre de esta Universidad, me agrada recordar que San Josemaría veía en la cruz el signo positivo, de la suma, del sembrar paz y alegría, sin por ello cerrar los ojos a la realidad, tantas veces lejana de Cristo.

4. NEIL POSTMAN, «*Defending Ourselves Against the Seductions of Eloquence*», en K. Dyson y W. Homolka, Eds. *Culture First! Promoting Standards in the New Media Age*, Cassel, Londres, 1996, p. 34

5. JUAN PABLO II, *Discurso al Simposio del Consejo de la Conferencia Episcopal Europea*, 11-X-1985.

6. BENEDICTO XVI, 5 de agosto de 2005.

7. SAN JOSEMARÍA, *Conversaciones con Monseñor Escrivá*, n. 86.

Por esto insistía al decir: «Tarea del cristiano: ahogar el mal en abundancia de bien. No se trata de campañas negativas ni de ser antinada. Al contrario: vivir de afirmación, llenos de optimismo, con juventud, alegría y paz, ver con comprensión a todos: a los que siguen a Cristo y a los que le abandonan o no le conocen. Pero comprensión no significa abstencionismo, ni indiferencia, sino actividad»⁸.

Esta actuación, en el ámbito académico, significa conjugar el don gratuito de la fe con el esfuerzo diario en el estudio racional de todos los saberes implicados en la comunicación. Así estaremos en grado de «hacer amable la verdad», como nos aconsejaba nuestro primer Gran Canciller, S.E. Mons. Álvaro del Portillo, en el título de un libro que recoge algunas de sus intervenciones en esta Universidad. ¡Qué agradecimiento debemos a este Obispo, tan ejemplar en su servicio a la Iglesia y a las almas! Siguiendo su ejemplo, confiamos estos propósitos al Señor y a Santa María, Asiento de la Sabiduría.

Gracias.

Kenia 23-IV-2008

Entrevista en The Standard, con ocasión del reconocimiento oficial de la Universidad de Strathmore por el gobierno de Kenia.

Ud. Vivió por muchos años al lado de San Josemaría, que fue el ins-

pirador de Strathmore. Por favor, cuéntenos un poco acerca de su visión de la universidad.

Cuando San Josemaría aceptó, en 1957, la invitación del Arzobispo Gastone Mojaisky Perelli, entonces Delegado Apostólico en Mombasa, para empezar una universidad en Nairobi, él respondía en realidad al horizonte universal que Dios había dado al Opus Dei desde su inicio.

La invitación vino en un momento histórico para África y para Kenya en particular. La completa independencia había ocurrido solo cinco años antes y el país tenía un gobierno multi-étnico transitorio. San Josemaría estaba abierto a fundar una universidad con la condición de que el gobierno garantizara su independencia y autonomía. Sin embargo, pronto quedó claro que el proyecto de establecer una institución de nivel universitario, abierto a estudiantes de todas las razas, tenía que ser modificado. Fue el mismo Fundador quien sugirió establecer en cambio un “instituto de enseñanza superior” y una residencia de estudiantes.

Y así fue cómo Strathmore College comenzó como un “A” Level College; un nuevo tipo de escuela especial, con cursos de dos años de duración, que servía de puente entre la educación secundaria y la universidad. El College mantendría la secularidad del Opus Dei, y se guiaría por cuatro líneas generales: sería interracial; estaría abierto a los no católicos y no cristianos; no sería catalogado como escuela misionera; y los estudiantes tendrían que pagar por lo menos una cantidad simbólica.

8. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 864.